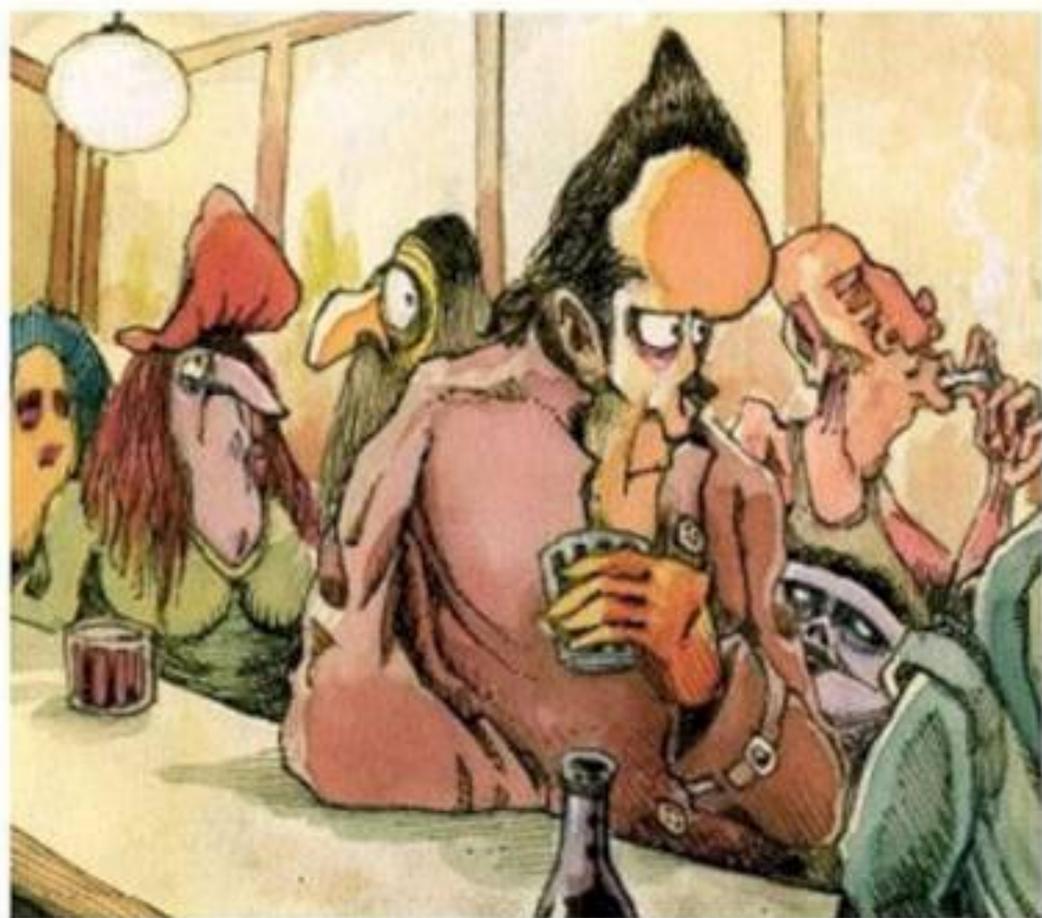


# TÚ ERES EL MÁS GRANDE



Ignacio Moreno Cuñat

Un detective muerto de hambre se cuela en el velatorio de un mafioso y roba un antiguo pergamino escondido en un ataúd. A partir de ahí tenemos de todo: un ex-boxeador guineano que sabe más de lo que cuenta; la búsqueda de la mítica Tabla Esmeralda de Hermes Trimegisto que contiene un arcano secreto esotérico; Las Intocables, el prostíbulo más cutre de la ciudad; la inevitable chica guapa; un grupo nazi con conexiones internacionales; un físico nuclear que regenta un burdel en Alicante; delincuentes compasivos; policías de muy mala leche; lujo y corrupción; ginebra de garrafa; tiros, persecuciones y Alka-Seltzer, mucho Alka-Seltzer. Un disparate.

Publicada por primera vez en 1987, *Tú eres el más grande* tuvo una vida efímera por el cierre de la editorial. Curiosamente ahí comenzó para ella una segunda vida. La mejor, sin duda. Porque fue entonces cuando, primero por el boca a boca y luego por Internet y los blogs, la novela empezó a ser muy demandada en mercadillos de saldos y librerías de viejo. Así ha estado durante todos estos años, pasando de mano en mano por la vida de un puñado de iniciados que formaban parte de ese selecto club de los que la conocían. No seremos nosotros quienes digamos que estamos ante un libro de culto (o de cultillo, para no exagerar) pero estas carcajeantes aventuras del detective Marcial Canencia hace ya veinte años que algún raro misterio encierran.

## Índice de contenido

Madrid, años 80

### Capítulo 1

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

### Capítulo 2

1

2

3

4

5

6

7

8

9

### Capítulo 3

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

Sobre el autor

Para Paloma y el pulgar

## Madrid, años 80

Me revientan los profetas. No puedo soportarlo. Así que cuando aquel fulano malencarado y gordo como un sapo calvo me plantó el brazo en el pecho diciendo que no iba a poder pasar, no pude evitar que un temblor de indignación me recorriera los labios. Abrí la gabardina, saqué la Benelli recortada y se la metí en la boca sin darle tiempo ni a escupir los dientes que le rompí al hacerlo.

Comenzó a temblar como una lavadora en el centrifugado, observándome con gesto ido y un rictus de sorpresa en el rostro. Me sentía ya de mejor humor así que apreté el gatillo del cañón descargado. Al escuchar el click cerró los ojos y comenzó a escurrirse lentamente por la pared. Una mancha húmeda se insinuó entre sus piernas, mientras un goteo delator iba formando un charco en el suelo. Se estaba meando. Hay gente que no sabe aguantar una broma.

La entrada al velatorio constituyó todo un éxito de crítica y público. Una treintena de mujeres de todas las edades realizaba en torno al cadáver un impresionante pase de modelos para duelo y entierro, a través de toda la gama entre el violeta y el negro. Comían duros alfajores de la Navidad pasada y sorbían el moco con profusión de kleenex y pañuelos bordados. Al fondo, junto a una mesa, los hombres en alborotada charla trasegaban anís y coñac en desconsolados lingotazos.

He de confesar que no me sentía muy respetuoso para con el difunto entrando en su velatorio Benelli en ristre,

pero el gesto instintivo hacia la sobaquera de alguno de los caballeros presentes me reafirmó en la convicción de que resultaba lo más indicado. En aquellos momentos el único que estaba realmente seguro era el muerto en su caja de roble canadiense.

—Mi más sentido pésame —les dije a modo de saludo—. Lamento interrumpir en tan aciagos momentos. El finado era, a buen saber, hombre de grandes virtudes y merecimientos y no resisto la tentación de darle un último abrazo.

Un murmullo recorrió el tenso ambiente de la sala municipal de velatorios, así que cerré la puerta de una patada y continué:

—Procuren no hacer tonterías. Acabo mi trabajo y me voy. Nos evitamos problemas y ahorramos tener que añadir algún ataúd a la fiesta.

Me dirigí al féretro y desgarré uno de los laterales de terciopelo rojo. Recogí el documento y tras doblarlo cuidadosamente lo guardé en el bolsillo interior de la americana.

La tensión crecía por momentos y presentía que en cualquier instante iba a verme en la necesidad de hacer uso de la recortada. Llegaba el triste momento de la despedida. Retrocedí hasta la puerta, salí y atranqué la manilla con un candelabro.

Todo había sucedido en pocos momentos y el improvisado portero que había intentado detenerme aún continuaba con la mirada perdida, en mitad de un charco de orines. Creo que lloraba.

## Capítulo 1

### 1

Hans llevaba cerca de cuarenta años en nuestro país. Pese a su edad no había perdido el pulso y manejaba la navaja barbera como nadie. Tampoco había perdido su acento germano y las erres retumbaban en su garganta al hablar como si estuviera apretando el acelerador.

–¿En qué andas ttrrabajando ahora?

El roce de la brocha me estaba dejando medio dormido y sus palabras hicieron que abriera los ojos.

–Hace un par de días hice un trabajo para un coleccionista –contesté no sin pereza.

–El coleccionismo es una bonita afición.

Había terminado con el enjabonado y ahora preparaba el filo de la navaja en el cuero.

–Yo también era coleccionista –murmuró.

–¿Ah sí? No sabía –comenté por compromiso.

No pareció escucharme y pasando por alto mis palabras se enzarzó en un largo monólogo. Sin embargo sus palabras adormecían como la nana de una vieja y ni el ronco resonar de sus erres conseguía romper el curso de mi modorra.

–Nuremberg no fue precisamente una fiesta ¿sabes?, y aquel maldito ttrribunal pro-sionista no iba a pasar por alto mi afición. Pero fui más listo que ellos y pude llegar hasta aquí haciéndome pasar por agente comunista. Me te-

mían –sonrió–. Me temían por ser comunista. Yo que huía de las hordas bárrrbaras y materrrialistas del Kremlin y del teocrrrático sionismo americano, confundido con un sucio comunista. Qué estupidez.

Comenzó a deslizar suavemente la cuchilla sobre mi rostro con movimientos secos y expertos, pero no dejó de hablar.

–Yo, un pobre sarrrgento alemán, confundido con un comunista. Ellos arrrasaban Berlín y sin saberrlo me ofrecían un pasaporte para la libertad. Ni siquiera con su infame victoria, en alianza con todas las rrazas inferiores del planeta, fueron capaces de eclipsar el genio de la raza aria de la que yo, humildemente, fui buena muestra. ¡Comunistas! –gritó con toda la potencia de sus depauperados pulmones de asmático–. ¡Viva Karl Marx! ¡Vivan Lenin y Stalin!, porque gracias a ellos vive Hans, el pobre sargento alemán.

Comenzó a reírse con más ímpetus de los debidos y por un momento temí morir cuando el temblor de una carcajada rebanara mi yugular. Mi pregunta interrumpió sus convulsiones.

–¿Y qué coleccionabas?

–¿Yo? –preguntó un tanto sorprendido–. Dientes. Dientes de oro.

Un fulano de aspecto turbio se asomó a la cristalera de la puerta mirando hacia el interior como si estuviera buscando a alguien. Un instante después desapareció.

–¿Has oído lo del velatorio? –dijo el barbero aspirando su spray antiasmático.

–¿Lo del velatorio? –pregunté haciéndomelas de nuevo.

–Sí –sonrió Hans–. Parrrece que un tipo se coló en el entierro de Abraham Castaño.

Tardé unos segundos en reaccionar pero no cabe duda de que aquella noticia me sacó del sueño.

–¿Te ocurre algo? –preguntó.

–Oh no, nada –contesté.

Nada, por no mencionar que había vuelto a batir mi plusmarca personal de estupidez, metiéndome en el velatorio de uno de los capítostes del negocio negro en la ciudad, amenazando a media organización criminal del país con mi recortada, tras partirle la boca a uno de sus miembros. Mi pobre vida no valía ni el traje que llevaba puesto. Cogí una toalla y me limpié la espuma que tenía en la cara.

–¿Te vas a ir ya? Me queda por afeitarte toda la perri-lla...

–He decidido dejarme barba.

Barba, bigote, coleta, pelos en la lengua, lo que fuera con tal de pasar desapercibido.

Salí por la puerta y me perdí entre la muchedumbre que a esa hora llenaba las calles. Se acercaba la Navidad y todo el mundo andaba como loco en busca de regalos. Decidí no tomar el metro que de repente se había vuelto muy peligroso. Un pequeño empujón como por descuido y acabas con un vagón de 1919 sobre la espalda planchándote la chaqueta. Era mejor coger un taxi.

–A Antón Martín, por favor.

–Sí señor. ¿Prefiere el atasco de Sol o el de Atocha? – bromeó el taxista, pero mi gesto debió convencerle de que era mejor continuar la conversación por su cuenta.

–Y es que oiga, llega la Navidad y la gente se vuelve loca. Todos a coger el coche, todos a gastar gasolina y todos a sacarnos cuernos a los taxistas. Hay que joderse.

El tráfico era endiabladamente lento y mi conductor tenía una especial habilidad para pillar en rojo todos y cada uno de los semáforos con los que nos encontrábamos. Un Sierra gris metalizado se detuvo a nuestro lado y a través de la ventanilla pude distinguir un rostro que me miraba. Era el moscón que rondaba por la barbería.

El taxi avanzó hasta un nuevo semáforo y el Ford se detuvo junto a nosotros. Era el momento de salir por piernas.

Con un rápido movimiento abrí la puerta comprobando con horror que un nuevo vehículo se había situado a nuestro lado bloqueando la única salida. Estábamos demasiado juntos.

–Pero hombre de dios, ¿qué hace? Me va a joder la puerta.

–Estaba mal cerrada –contesté sin mucho convencimiento.

–¡Pues eche el seguro pero no me la rompa, virgen santa!

Volvimos a avanzar con el Ford Sierra pegado en el costado. Al conductor que había frustrado mi fuga en el semáforo se le caló el coche y una tormenta de claxon y bocinazos se desató tras él. Vi la oportunidad y no dudé. Antes de que mi taxi adquiriera velocidad, abrí la portezuela y salté al vacío.

–Cabrón, que no me ha pagado la carrera –gritó el taxista pegando un frenazo.

Aunque poco más pudo gritar ya que una furgoneta de reparto le embistió y casi se estampa contra el Ministerio de Sanidad.

## 2

Me había metido en aquel tinglado con una tarjeta, la dirección de un hotel del centro y cinco mil duros que me adelantó el cliente, un fulano baboso y gordo con modales de marica y olor a ambientador de cine de barrio.

La tarjeta era más falsa que un pequinés de metro ochenta, pero al menos me serviría para recordar por quién debía preguntar en el hotel.

El asunto no me había gustado desde un principio. Mi trabajo es de otro estilo. Los divorcios, los cuernos, el amante esposo que se lo hace de masoca con una furcia de látigo y cuero al compás de las sentencias de Camino, o la fiel esposa que entretiene sus ocios trabajando por horas en una casa de masajes fina, con madama y palanganero negro de metro y medio de rabo.

Si acaso, muy de vez en cuando, recibir la visita de algún oscuro industrial con la úlcera dibujada en el rostro, para que vigiles a su nuevo contable cuyo tren de vida supera con mucho su sueldo, o a un mozalbete con cara de pajillero vicioso que le pasa información de la empresa de papá a los rivales por unos talegos para nenas, gasolina y chocolate. Encargos rutinarios y legales. Unas fotos, un informe y a cobrar.

Sin embargo cuando aquel tipo vino a verme a la oficina estaba peleándome con el casero por un quítame allá unos alquileres. Los tiempos están difíciles y los jueces de divorcio ya no se impresionan por nada. Para los otros asuntos se trabaja ahora con vídeos y escáneres, con rayos X y computadoras. Hace falta inversión y un equipo de varias personas, tener un local en el Windsor y llevar trajes de modisto francés. Con una oficina en Antón Martín, tra-

jes de rebajas y una vieja Yashica de 6x6 no se va a ningún sitio. A falta de mejores soluciones, cogí una botella vacía de Casera y bajé a la bodega a comprar ginebra de garrafa. Comprendo que no resulta muy elegante pero mi estómago se ha acostumbrado y no soporta otro jarabe.

En la calle encontré a Tanganica, un guineano ex-boxeador que vive por el barrio y que de vez en cuando me pasa algún soplo interesante. Hay quien dice que está sonado y que el último KO, en su combate ciento doce, le dejó el cerebro como un potito Bledine, pero ¡joder con el tonto! Conoce los trapos sucios de casi todo el mundo de la Villa, no importa el poder y la fama que tenga. Fue él quien cierto día me señaló un discreto y elegante portal, con una más aún discreta vigilancia policial, donde altas personalidades del mundo de la empresa, de la política, del ejército y hasta en algún caso del clero, desahogaban sus tensiones entre baños de espuma, liberándose del stress a base de masajes tailandeses con aceite de coco.

Conoce todos los clubes y todos los burdeles. Las madamas le encargan pequeños recados, y más de una vez le he visto saliendo de una sex-shop con sus andares de gorila y un misterioso paquete bajo el brazo, para atender a algún cliente que había sorprendido a la dueña del salón de masajes con la más insólita petición.

—Lo que yo te diga —me contaba un día respirando trabajosamente a través de su desviado tabique nasal—. Cuanto más altos están, más les gusta que les den por detrás. Digo yo que será para compensar. Todo el día dándole al personal por el culo les debe crear curiosidad.

—Si tú lo dices...

—Si yo te contara. El otro día la señorita Andrea me mandó llamar con urgencia y me envió a comprar un rabo de plástico negro que hubiera asustado a Carmen la M-30.

—¿A quién? —pregunté sorprendido.

—Sí hombre, Carmiña, la M-30. La del club 69. ¿No la conoces?

–Pues no.

–La llaman así porque tiene el chocho como una boca de metro. Cuentan que en sus buenos tiempos era capaz de cepillarse a tres marines por el mismo orificio. Pero bueno, a lo que íbamos, ¿para quién pensarás que era el artilugio?

–No sé, algún vicioso que quería ver a la chavala como un polo de peseta –dije aún a sabiendas de que me equivocaba.

–Sí, ya, ya... –contestó él con su risilla más babosa–. Era para el tío. Y adivina quién era él.

Acercó su boca maloliente a mi oreja y un profundo tufo a cloaca me hizo entrecerrar los ojos. Claro que cuando escuché el nombre pensé que merecía la pena. Como este negro publicara algún día sus memorias más de uno tendría que abandonar la vida pública y retirarse a un convento.

Cuando le vi andaba rebuscando sabe dios el qué en una papelería, entre envoltorios de chokolatinas, cáscaras de naranja y un periódico del día.

–¿Cómo va esa vida, Tanganica?

–Bueno, vamos tirando.

–Voy a la bodega ¿quieres una cerveza?

–Eso ni se pregunta.

Entramos en el bar y pedimos una ginebra y un botellín. Mientras Lucio me llenaba la botella, el Tanganica se puso serio.

–Me alegro de haberte visto, Marcial. Quería hablar contigo.

Me miró con sus ojos acuosos y llenos de venillas rojas, y se trasegó el botellín de un trago, casi sin respirar. Emitió un sonoro eructo y se golpeó el pecho como si fuera un gorila con ganas de pelea. Sospechando que su afán por hablar podía suponer que volviera a contarme los quince asaltos de su pelea contra la «Maza de Detroit» en el Madi-

son Square Garden, opté por largarme de la manera más rápida posible.

–Oye Lucio, cóbrame que tengo prisa.

–Tranquilo, hombre –dijo el negro–. Lucio, una de lo mismo.

–Mira Tanganica, no es por hacerte el feo pero ando un poco mal de tiempo.

–Espera. ¿Te dice algo el nombre de Abraham Castaño?

Un escalofrío me recorrió la columna vertebral como si sintiera una cucaracha trepando por la pernera del pantalón, pero di un sorbo a la copa y pude mantener la calma.

–No, ¿por qué habría de decírmelo?

–No, por si acaso. Resulta que cierta gente anda un poco mosca con un fulano que se les coló en mitad de un velatorio y se llevó un papelito.

Di otro lento trago con la vista perdida en un calendario de talleres Jiménez y no contesté nada.

–Si yo fuera él lo devolvería –agregó tras unos instantes de silencio–. O tal vez lo enviaría con un mensajero negro y tonto de esos que siempre olvidan las caras y los nombres –añadió sonriendo desde el fondo de sus ojos enrojecidos, esperando una respuesta.

Apuré la copa con mi más enigmática cara de póker, y dándole una palmada en la espalda contesté:

–Si encuentro a alguien que quiera venderme una estampita con olor a muerto ya te avisaré. ¡Ah!, y gracias por la invitación.

Cogí mi botella, salí a la calle, entré en el portal, subí las escaleras de dos en dos y casi atropello a la anciana del segundo que cargada con la bolsa de la compra estaba tomándose un respiro en el primer rellano, abanicándose con una lechuga.

La puerta de la oficina estaba abierta, reventada de una patada. Lamenté no tener la Benelli recortada a mano, pero me armé de valor y entré. Lo habían registrado todo